

Triunfo del Peronismo

Por Leopoldo Zea

Hace dos años, el 11 de mayo de 1973, el gorilismo argentino se vio obligado a aceptar las demandas del pueblo platense, expresadas en el cautivo y perseguido movimiento peronista, comprometiéndose a respetar la voluntad de este pueblo en las urnas. Factor positivo de esta importante reconsideración lo fue el general Alejandro Lanusse. El ejército, después de largos fracasos, aceptaba, aunque a regañadientes, retirarse a sus cuarteles. Las elecciones en la fecha citada, dieron un aplastante triunfo al candidato del peronismo, Héctor Cámpora. El empecinamiento de los militares, para permitir la candidatura de Juan Domingo Perón obligó a esta solución. Cámpora aceptó esta designación como una simple representación del líder. Pocos meses después renunciaría, para permitir la asunción legal del poder por el propio Perón.

El triunfo del 11 de mayo fue el triunfo, puro y simple del Peronismo. El peronismo, que pese a la expulsión de su creador y líder en 1955, se había mantenido en pie de lucha. Fue el triunfo de la resistencia de un pueblo que encontró en el reformismo peronista, un reformismo echado por la borda por los militares y las fuerzas que representaban como contrario a sus intereses. La bandera de lucha. El líder desterrado a muchas millas de distancia, se había transformado en el símbolo de estas demandas y resistencia. El triunfo del 11 de mayo de 1973 fue, así, un triunfo del Peronismo. Triunfo de un movimiento que se había desarrollado en la Argentina, estimulado por la presión de las fuerzas armadas, y por la incomprensión y codicia de los intereses que se empeñan en mantener, a lo largo de nuestra América, sus mezquinos privilegios. Perón hombre, Perón líder, vino a ser así el símbolo viviente de la resistencia a la injusticia, y su triunfo fue el triunfo de este símbolo y leyenda.

Columna vertebral del peronismo lo fue la CGT. Una CGT organizada, como nuestro movimiento obrero, desde arriba, desde el gobierno, en la primera etapa de mando del general Perón. Movimiento creado, como todos los movimientos de trabajadores dentro del reformismo, como instrumento político, como arma de manipulación. Un instrumento y arma que dejó de tener este sentido al ser expulsado el presidente Perón, por el golpe militar el 16 de septiembre de 1955. La llamada Revolución Liberadora, como posposamente se llamó el golpe militarista, buscando borrar toda herencia del derrocado presidente Perón, se empeñó en anular este movimiento. Lejos de servirse de él, se empeñó en regresar a una absurda situación social que sólo siguiese beneficiando a viejas formas oligárquicas de poder. La CGT, y todo el movimiento obrero argentino, fue constreñido y puesto, prácticamente, en la clandestinidad. El trabajador, que había sabido de su papel en una sociedad que necesariamente tenía que contar con él, no se resignó y luchó por cambiar la situación. Dieciocho años de larga lucha de estos perseguidos sectores alcanzaban su victoria en este 11 de mayo de 1973. El Peronismo, con independencia de su líder, era una realidad troquelada por su resistencia en la represión. Juan Domingo Perón era el símbolo vivo de este triunfo y símbolo, también, de una juventud que no le había conocido, pero que se nutría en la leyenda del peronismo justiciero. La juventud de los Montoneros, que esperaba del símbolo, encarnado y hecho gobierno, un cambio radical en la sociedad argentina.

El regreso del líder a la Argentina, fue marcado por los trágicos sucesos en el aeropuerto de Ezeiza, los cuales mostraron las ya existentes diferencias entre el Peronismo y Perón. Diferencias que se hicieron agudas, en vida del propio líder, frente a la juventud. La concepción paternalista del creador del Peronismo chocaría, de inmediato, con el Peronismo que se había formado, en la propia Argentina, huérfano, en toda la plenitud de

la palabra. Expresión de la concepción paternalista lo fue la fórmula Perón-Perón para la Presidencia de la República. Perón como presidente e Isabel, su esposa, como vicepresidenta. Esta última presentada como simple reiteración del poder del líder y la CGT oficializada, aparentemente instrumentada, volvía a ser lo que había sido dos décadas antes. Fuera de esta vieja concepción del peronismo, quedaría la juventud radicalizada, independiente y muchos de los líderes fogueados, no ya en el destierro, sino en la lucha diaria contra el gorilismo y sus intereses.

Ha sido esta concepción paternalista del Peronismo, del Peronismo de la primera época de gobierno de su líder, la que ha sido derrotada en los recientes sucesos. El paternalismo, ya sin la presencia del propio líder, desaparecido un año antes, fue puesto en crisis por el mismo movimiento que antes puso en crisis al gorilismo. El paternalismo peronista, que lo mismo da que quita, fue objeto de conciencia de la columna vertebral de un movimiento que no había necesitado de tal paternalismo para mantenerse y triunfar frente al gorilismo opresor. Fue este, da y quita arbitrario, arbitrario como todo paternalismo, el que originó la reacción de los trabajadores argentinos rebasando a sus propios líderes sindicales, y obligándolos a mantener sus demandas. Peronismo que se vuelve ahora contra sus manipuladores en una extraordinaria expresión de independencia. Reacción, también, contra un supuesto Peronismo que ha originado el crimen organizado y la represión en su forma más sanguinaria. Todo esto está ahora en crisis y por ello expuesto a los peligros de toda crisis. Esperamos por la Argentina, por nuestra América, que este triunfo del peronismo sea parte del triunfo que vienen anhelando, a lo largo de este Continente, nuestros sufridos pueblos.